



EL DR. D. CANDIDO BAYÉS Y COCH

1867 - 1955

La ciudad de Vich guarda, en lo más recóndito de su espíritu, un sentido arqueológico: Sus calles y sus plazas, sus señoriales mansiones, sus iglesias y campanarios, nos hablan de una tradición ganada a través de años y de siglos. En este ambiente histórico se mueven sus habitantes que, con el tiempo, van adquiriendo la patina de sus piedras y se convierten en humanos, vivientes monumentos. La desaparición paulatina de sus hombres duele en el alma de la ciudad como la desaparición de una joya arquitectónica, como la demolición de una de sus más preciadas construcciones. A copia de ver deambular el personaje por los grises parajes de la urbe, uno va acostumbrándose a su presencia y lo va vinculando al alma y cuerpo de la ciudad inmóvil. La sustitución total de las gentes agrupadas en un espacio de tiempo, creará un cambio absoluto en el ambiente urbano y la historia dividirá las edades según el carácter y tipismo de los conciudadanos de cada época.

Acabamos de perder (28 de noviembre de 1955) uno de estos personajes que crean y valoran el destino de la ciudad. El Dr. D. Cándido Bayés y Coch, que a los ochenta y ocho de su constante trasiego por los rincones vicenses llevaba almacenado un caudal de historia y de tradición locales. Su carácter, sus costumbres y su profesión contribuían firmemente a esta vinculación del personaje con su ambiente. El roce constante que estos motivos le imponían con sus contemporáneos, creaba irremisiblemente una corriente de amistad y cordial simpatía mutuas. Esta convivencia, a través de los años, enmarcada en las dotes humanitarias que adornaban su profesión se fué haciendo cada vez mas íntima hasta llegar a una simbiosis armónica y espiritual tan arraigada y firme que solo la muerte, en un alarde de su poder iconoclasta, ha intentado romper.

Vana pretensión, pues esta destrucción no podrá ser jamás absoluta. El espíritu del Dr. Bayés, estrechamente vinculado a la conciencia vicense de este medio siglo, ha dejado huellas demasiado profundas para ser borradas subitamente. Su recuerdo perdurará en la memoria de cuantos le hemos conocido y tratado y flotará en la presencia de las generaciones futuras por la inmarcesible repercusión de su vida y de su obra.

Don Cándido Bayés representa un eslabón en la familia médica de los Bayés, instaurada en nuestra ciudad, poco más allá del 1870. Por su longevidad y por la calidad de su labor profesional, llevada a cabo con un aliento y una vitalidad heroicas, difícilmente podrá ser su obra superada, pero será por estas mismas razones, motivo de ejemplo y emulación familiar, ante las futuras generaciones que se van sucediendo, que no desmerecen, ni tienen por ahora visos de desmerecer, el alto prestigio

que las antiguas promociones han sabido conquistar, manteniendo el rango científico de la vetusta medicina vicense.

Su padre, Don Antonio Bayés Fuster, fué el primer médico de la familia. Había nacido en la vecina población de Taradell y ejerció su profesión en la de Tona. En el curso de su ejercicio en esta localidad, descubrió las cualidades medicinales de sus aguas, a raíz de cuyo descubrimiento se iniciaron las obras de construcción y establecimiento de los balnearios que tanto renombre han dado a dicho pueblo, que, para agradecer a su descubridor el honor que con sus estudios llegara a proporcionarle, ha dado su nombre a una de sus más importantes vías urbanas.

En esta población, nació el 3 de octubre de 1867 nuestro Don Cándido. Tendría a la sazón tres o cuatro años cuando su padre trasladó su residencia y consultorio a la ciudad de Vich, estableciéndose en la calle de la Ramada, para pasar más tarde a la casa de la Plaza de la Constitución n.º 24 y finalmente, en propiedad, a la casa de la Plaza de la Catedral donde continua viviente el hogar familiar colmado de la tradición que los dos próceres extintos han sabido lograr en el curso de su compacta vida social y médica.

Estudió el bachillerato en el Seminario vicense y cursó la carrera de medicina en la Facultad de Barcelona. Dos años antes del feliz término de su carrera, ganó por oposición el internado en dicho centro docente. Su labor estudiantil, fructífera y aprovechada, se vió coronada con quince sobresalientes en el período de su licenciatura y tres más en su doctorado. En los ejercicios finales de Licenciatura efectuados en junio de 1889, logró también la máxima calificación.

Dos años después le encontramos en plena actividad en nuestra ciudad y en nuestro Hospital.

Desde entonces hasta hoy sesenta y seis años de intensísima actividad; de lucha ardua y callada, caracterizada por una continuidad en el esfuerzo, labor pesada, ingrata, alejada, por las circunstancias, de aquella otra menos intensa tal vez, pero de aspecto más brillante, de la vida académica y de la publicidad científica. Todos sabemos de su labor cotidiana desde primeras horas de la mañana, hasta las horas postreras de la noche, con sus vigias de insomnio, de estudio, de centinela alerta. Su prestigio profesional lo coloca en el punto de ser el consultor obligado de todos sus colegas de la comarca y lo situa en el cuerpo facultativo de la mayoría de centros benéficos y establecimientos religiosos y oficiales de la ciudad.

En 1891, mediante riguroso concurso entra a formar parte del cuerpo facultativo de nuestro Hospital de Santa Cruz. En el curso de su actuación va ascendiendo por todos los cargos médicos del benéfico establecimiento, hasta el de Director, que ostentó desde 1930.

En 1894 obtuvo por oposición el título de Médico Director Numerario del Cuerpo de Baños, corriendo a su cargo sucesivamente la Dirección de los Balnearios del Valle de Ribas, Tona, Alhama de Aragón y Marmolejo. Son de notar varias membrías presentadas a la Dirección de Sanidad reglamentarias de su actuación de Médico Hidrólogo y la Comunicación presentada al Congreso Internacional de Hidrología Médica celebrado en Madrid en 1913 sobre «Tratamiento hidromineral del escrofulismo».

Toda su labor en este aspecto fué recompensada con el nombramiento de Socio Numerario de la Sociedad Española de Hidrología Médica y con el de Académico Corresponsal de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona en 1932.

Los que hemos tenido la fortuna de contar con su amistad entrañable y escuchar su sabio y digno consejo, hemos podido leer en el libro de la vida práctica del profesional que ha precedido a nuestra actuación. Al recordar al Dr. Bayés vuelven

a mi memoria aquellos conceptos que tuve la osadía de exponer ante las Autoridades viceses y el selecto público que asistió a la colocación en su pecho de la Medalla de la Ciudad, en el Salón de la Columna de nuestras Casas Consistoriales, el día 20 de junio de 1948, al querer nuestra Corporación Municipal premiar la labor de nuestro entonces homenajeado: La figura del Dr. Bayés pertenece a aquella generación de médicos que supieron hermanar la práctica de la profesión de la Medicina con la espiritualidad que de sus aplicaciones se deriva, elevando nuestro ejercicio profesional por encima de los límites materiales de su desenvolvimiento a las esferas morales del sacerdocio. El médico de entonces, aureolado del prestigio que le infería su dominio sobre los males y enfermedades del cuerpo, llevando todavía reminiscencias de aquella virtud que a los médicos de la antigüedad suponía el conjuro de los males y brujerías del espíritu que a compás del curso de los tiempos iba adquiriendo su verdadero valor localizándose en los límites precisos y normales que habían de desembocar en el cauce sereno y preciso de la ciencia psiquiátrica, el médico de entonces, repito, era no solamente el profesional artífice de la salud del cuerpo sino también el mediador en todas las cuestiones anímicas del enfermo y por derivación en todas las cuestiones morales, familiares y sociales del paciente y de los que le rodeaban: *médico, consultor, confesor y sacerdote.*

Actualmente la medicina ha variado mucho. La vida ha materializado sus aspectos. La evolución de la medicina ha derivado, por un tiempo demasiado largo, sus aplicaciones a la observación concreta de las perturbaciones orgánicas sin parar mientes en los influjos psicológicos que podían condicionarlas. Hoy día parece que el intrincado campo de la endocrinología y el estudio de los procesos constitucionales lleva nuevamente a la observación de las enfermedades en relación a las capacidades funcionales del organismo y vuelve a ser tenida en cuenta la constitución espiritual del individuo.

Pero entretanto hemos vivido una época negativa para los valores del espíritu y esta negación ha correspondido tanto al espíritu ajeno como al propio. Los grandes descubrimientos diagnósticos y terapéuticos, la especialización sistemática y las nuevas modalidades del arte de curar, arrinconando y desplazando el valor de la propia observación, han desvalorizado el ojo clínico y han hecho inútiles los razonamientos y sus derivaciones. El diagnóstico que no puede hacerse con la observación y el estudio directo del enfermo lo hace el laboratorio de análisis o el aparato de rayos X. Para cada órgano tenemos un instrumento, para cada tejido una pinza, para cada especialidad un especialista. La Medicina al evolucionar complicadamente, hasta adquirir dominios insospechados, ha simplificado la actuación de cada uno, mermando la importancia de aquellos complejos que solo una mente privilegiada podía resolver.

Y al comparar este aspecto moderno con la medicina de antaño, es como vemos relucir el esfuerzo que rendían los médicos de entonces que, como el Dr. Bayés, supieron vencer aquella etapa en que el éxito dependía solamente del valor intelectual del profesional.

Estos conceptos se nos aparecen al intentar recordar de sus conversaciones los puntos más intrincados de su actuación médica.

En el ambiente de finales de siglo, en nuestro primer centro hospitalario, el Dr. Bayés realizó las primeras operaciones de hernia estrangulada que se llevaron a cabo en nuestra ciudad. Podemos imaginarnos las efímeras condiciones de comodidad con que fueron practicadas tales intervenciones quirúrgicas, al constatar la noticia que un tiempo después, venciendo grandes obstáculos, lograron la adquisición

de un estuche de instrumental para realizarlas con mejores augurios. Como suena hoy día, a mezquindad un estuche de instrumental cuando vemos nuestras clínicas con sus grandes instalaciones y un arsenal de instrumentos de las más variadas y complejas modalidades. Este es solo un ejemplo de lo que el médico de principio de siglo debía confiar en él, en sus manos y en su destreza.

No quiero decir con esto, no obstante, que el Dr. Bayés fuera un médico chapado a la antigua, con todas sus típicas y felices características. Todos le conocimos lo suficiente para darnos cuenta que, llevando en su espíritu aquel aspecto sacerdotal que hacía sagrado al médico de los primeros tiempos y conservando hasta su ancianidad la distinción y el señorío peculiar de su personalidad ochocentista, supo evolucionar al compás de las grandes revoluciones de la ciencia médica contemporánea y fué siempre en nuestra ciudad y comarca el adalid profesional que llevó a todos los hogares y a las reuniones profesionales donde fué repetidamente requerido, la última palabra de un proceder diagnóstico o de una terapéutica recientemente descubierta.

Presente en todos los actos en que el espíritu vicense se erguía ante la llamada de su propia historia y colaborador asiduo y activo en todo aquello que podía significar un nuevo signo de gloria para la ciudad amada, ostentaba en la actualidad la máxima representación en aquellos organismos de clásica y sólida significación: Presidente de la Hermandad de los Santos Médicos Cosme y Damián; Prior de la Congregación de Ntra. Sra. de los Dolores; Presidente de la Liga Espiritual de Ntra. Sra. de Montserrat; etc.

De joven le vimos colaborar en distintas publicaciones literarias y formó en las filas de los sucesores del *Esbart de Vich* que, acaudillados por el insigne vicense D. Narciso Verdaguer y Callís, dejaron constancia de su actuación en el periódico, que vió la luz por corto espacio de tiempo, titulado «El Almogàver».

Queremos hacer hincapié en el magnífico discurso que pronunció en el recinto del Hospital de Vich con motivo de la ofrenda con que le honró la Muy Ilustre Junta Administrativa del expresado Hospital, consistente en un artístico pergamino, que señalaba la fecha de sus Bodas de Oro, en la prestación de sus servicios en aquel benéfico Establecimiento.

En los últimos años de su vida, cuando las rígidas exigencias de la ley le habían jubilado de sus cargos oficiales, veía aún su despacho repleto de aquellos clientes que, a pesar de su edad, le consideraban tan experto como en sus tiempos juveniles y acudía a la consulta de los que reclamaban sus servicios con el mismo afán y las mismas ilusiones que impregnaron su espíritu profesional en todas las etapas de su vida. Hasta sus últimos meses le vimos deambular por nuestras calles llevando en sus manos y en su corazón el bálsamo vivificador de su ciencia, antojándonosos el médico virtuoso que vuelve, desengañado de los modernismos materialistas, a la condición humana y espiritual, al mismo tiempo, del verdadero y auténtico sacerdote de la profesión.

MIGUEL S. SALARICH